

LOS MONTES

Texto y fotografía: **Diego Perea Ruiz-Tapiador**

Esta extensa comarca, a caballo entre las actuales provincias de Toledo y Ciudad Real, fue así denominada por pertenecer desde el siglo XIII al XIX a la ciudad de Toledo. Desde entonces y hasta 1837, periodo de vigencia del Dominio Señorial de la ciudad, se dictaron una serie de ordenanzas que intentaban dar respuesta por parte de la ciudad a los problemas de explotación que se planteaban en los montes de su propiedad. La observación de estas estrictas directrices resultaría ser un factor decisivo en la conservación del medio natural, prescribiendo –por ejemplo– el uso del fuego en las rañas y piedemonte, estableciendo la prohibición de talas en los bosques o controlando los lugares y rotación de pastoreo. A los vecinos de la ciudad de Toledo se les permitía la extracción de madera y carbón vegetal para uso propio, la entrada de algunos ganados y el establecimiento de colmenas, pero se les vetaba realizar roturaciones y poner en cultivo nuevas tierras; mientras que por su parte los vecinos de los pueblos de los montes, que no eran propietarios, también tenían prohibido acometer roturaciones, estando solo autorizados a cultivar zonas ocupadas por jarales o brezales (el denominado entonces “monte pardo”) que posteriormente deberían

abandonar. También podían aprovechar madera y leña para uso particular siempre que no procediera de bosques maduros de encina o mixtos con alcornoque y quejigo, además de rebollares (los denominados “monte bravo” y “monte grueso” respectivamente). Podían, además, apacentar rebaños y mantener colmenas, siempre pagando al común de los vecinos de Toledo la doceava parte de los productos obtenidos, el conocido como “dozavo”. La disminución de la población fue muy notable a lo largo de esta etapa histórica, llegando a desaparecer numerosos núcleos de población. El manifiesto de 1820, elevado a las Cortes por los pueblos monteños, fue el punto de inflexión a esta situación. En él se rechazaba la relación de vasallaje, siendo abolidos entre 1823 y 1837 los derechos señoriales e iniciándose algo más tarde un proceso desamortizador que culminó con la venta y privatización de la práctica totalidad de los Montes. La desamortización de Madoz en 1885 abrió paso al mayor proceso de privatización de su historia, con importantes consecuencias sociales y económicas. Los nuevos propietarios, generalmente sin ninguna relación con la zona, comenzaron la explotación de sus recursos naturales especialmente a través de la agricultura y la caza, manteniendo enormes



DE TOLEDO

extensiones con escasos rendimientos económicos. Una situación que se prolongaría hasta mediados del pasado siglo.

Consecuencia de todo ello es el actual paisaje de la zona: rañas cultivadas y sierras donde se conserva gran parte de la vegetación natural de la comarca, si bien en las mismas es posible encontrar las huellas del carboneo (viejos tocones, veredas y horneras) que se practicó intensamente a principios del siglo XX. No debemos olvidar que ya en el siglo XVIII se extraía del puerto del Espinazo del Can el carbón de brezo que se consumía en las ciudades de Toledo y Madrid. La legislación agraria de aquellos años facilitó que en la década de los cincuenta del pasado siglo algunas fincas se declararían “manifiestamente mejorables”, como ocurrió con el propio Cabañeros en 1955, lo que conllevaría nuevos procesos de transformación, incluyendo roturas y puesta en cultivo de terrenos marginales, así como la introducción del regadío en la comarca.

En la actualidad, y fruto de esa historia que aquí solo hemos esbozado, los Montes de Toledo se han convertido en una de las áreas de mayor importancia nacional e internacional en la conservación de la biodiversidad, formando parte de la **Red Natura 2000 (ZEC y ZEPA “Montes de**

Toledo”). En su interior albergan un gran **parque nacional**, estratégico para la conservación de la fauna y vegetación mediterránea, varias **microrreservas de flora amenazada** y dos **reservas fluviales**, esenciales para la supervivencia de la deteriorada fauna piscícola y de los propios sotos ribereños. Algunas fincas, de tradición cinegética, han sido declaradas **refugios de fauna**. Además, buena parte de su geografía entra de lleno en las **áreas críticas para la reproducción o dispersión** de varias especies amenazadas. Recientemente tres **GEOSITES**, una ambiciosa iniciativa global para realizar un inventario de los elementos más sobresalientes del patrimonio geológico a escala mundial, se han sumado a los valores naturales reconocidos formalmente en la zona.

Iniciamos en estas páginas un recorrido fotográfico por su último medio siglo de historia, pasando revista a la actual problemática en la gestión y conservación de sus principales valores naturales, así como de las especies amenazadas objeto de atención prioritaria. Las luces y sombras en la gestión de los valores naturales de este singular espacio natural dejan ciertas preguntas sin respuesta y añaden un espacio para la reflexión.



EL BOSQUE O MASTORRAL MEDITERRÁNEO

Los encinares conforman la etapa más evolucionada de la serie de vegetación más extendida en los Montes de Toledo, junto a los alcornocales y quejigares. Las encinas o chaparros cubren buena parte de sus sierras, acantonándose los mayores ejemplares en los márgenes de las pedrizas o canchales. En la imagen puede observarse en primer plano una de las etapas de degradación más comunes de estos bosques esclerófilos: los jarales de jara pringosa (*Cistus ladanifer*). Allá donde las nieblas abrazan la sierra, ocultando parte de su fisonomía durante un buen número de días al año, crecen los bosques marcescentes de roble melojo (*Quercus pyrenaica*).

UN ECOSISTEMA GENUINAMENTE IBÉRICO

Las dehesas son montes arbolados con escasa cobertura arbórea (en muchas ocasiones por debajo de los 30 pies/ha). Funcionan como sistemas agrosil-

vopastorales, con dos estratos principales: el arbóreo y el herbáceo subyacente. En buena parte de las mismas se cultivan cereales, generando pastos para el ganado y la caza mayor, en un ciclo establecido a tercios o cuartos (según rotación de cultivos en 3 o 4 hojas de labranza). La homogeneidad de edades en el arbolado y la decadencia de los *Quercus* por déficit hídrico (y las consiguientes plagas y enfermedades), unida a la nula regeneración (sometida a intensa herbivoría por la fauna silvestre y el ganado) comprometen seriamente su futuro a medio plazo. ¿Serán viables las dehesas, en el actual escenario de cambio climático, más allá de la próxima centuria?

ENFRENTARSE A LOS NUEVOS TIEMPOS

Uno de los cambios más notables del último medio siglo ha sido el despoblamiento de grandes espacios. Allá donde se daban cita cabreros, carboneros y colmeneros, con sus majadas, cercos de colmenas y horneras, hoy solo queda el recuerdo y la soledad. La apuesta





por una explotación preferente de la caza mayor, en detrimento de otras actividades convencionalmente denominadas “tradicionales”, ha generado un llamativo despoblamiento. Las fincas cinegéticas sufrieron una intensa transformación en su fisonomía, especialmente perceptible durante la década de los 80 del pasado siglo, con la apertura de caminos y cortafuegos. La proliferación de cercados cinegéticos, la mayor parte de las veces al margen de la legalidad, convirtió señeras manchas en corrales de caza mayor. Los cercones interiores para la cría intensiva de jabalíes o para protección de siembras acabaron convirtiendo muchos cotos en auténticos laberintos, con las perniciosas consecuencias para la conservación de otras muchas especies. En la fotografía puede observarse cómo los ciervos llegan a atravesar los cercados cinegéticos, siempre y cuando, como es el caso de la imagen, no hayan sido anclados ilegalmente al suelo.



MICRORRESERVAS DE FLORA

Durante los últimos años, la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha ha puesto en marcha la creación de una red de microrreservas, principalmente destinadas (aunque no únicamente) a la conservación de flora sensible. En la imagen puede verse la cascada de El Chorro, hoy integrada en el Parque Nacional de Cabañeros, del que constituye una de sus rutas más atractivas y de mayor afluencia de visitantes. El descenso acusado de las precipitaciones y la apreciable xerificación del paisaje comprometen seriamente la viabilidad del centenar de pequeñas turberas presentes en la zona y de las especies que allí medran, como es el caso del helecho real (*Osmunda regalis*) de la fotografía. ¿Será posible la conservación de las especies turbófilas y sus propios hábitats en este nuevo escenario? ¿Podrán sobrevivir estas islas de vegetación atlántica en los dominios del monte mediterráneo?







¿CUÁL SERÁ EL FUTURO DE LOS BOSQUES MARCESCENTES?

En la imagen puede observarse cómo el bosque de *Quercus esclerófilos* (encinar) cede el testigo, a partir de los aproximadamente 900 m en las umbrías o de los 1.200 m en las solanas, a las formaciones marcescentes de roble rebollo (*Quercus pyrenaica*), cuyas hojas tapizan ya el mismo suelo bajo las encinas. La altitud contrarresta las elevadas temperaturas y favorece una mayor pluviosidad, algo de lo que también se beneficia el más ubicuo quejigo (*Q. faginea* subsp. *broteroi*), una especie de temperamento submediterráneo o mediterráneo atenuado. En la actualidad los quejigares luso-extremadurenses se consideran comunidades climácicas de una serie climatotemporihigrófila, muy común en los piedemontes, valles y umbrías de la comarca, soportando mejor que otros congéneres el encharcamiento, los fríos invernales y las nieblas de inversión.





EL OCHO DE LOS MADROÑALES

Considerado a veces un tipo de formación arbolada (bosque), y otras, meramente arbustiva, los madroñales pueden llegar a formar comunidades climácicas en zonas de elevada pendiente donde el desarrollo de los *Quercus* se hace más complicado. Sus llamativos frutos maduran en el otoño siguiente cuando el árbol vuelve a florecer, coincidiendo frutos y flores en el mismo pie. Estamos ante una de las especies más sensibles al déficit hídrico, con una pérdida continuada de ejemplares debido a esta causa, especialmente notable en las formaciones de ladera. En la imagen, amanecer en el arroyo de la Cebea (P. N. de Cabañeros), dejando ver claramente el escaso sotobosque, fruto de sus tupidas sombras y del exceso de herbivoría. ¿Sobrevivirán estas formaciones, con ejemplos tan llamativos como los madroñales adeshados de Anchuras y Espinoso del Rey, de seguir la actual tendencia climática?





LA GESTIÓN DE LA Caza Mayor

Las elevadas densidades de cérvidos (hasta 60 individuos por km² en algunos casos), fruto de la ausencia absoluta de predadores y del deliberado fomento de las especies cinegéticas de ungulados silvestres, modifica la composición específica de las diferentes comunidades vegetales. Aquellas especies más palatables encuentran serias dificultades en su regeneración, con una notable pérdida de riqueza en especies a escala local. Acebuches, madreselvas, labiérnagos, madroños, escurrideras, cornicabras, carquesas, mirtos o los escasos acebos ven roto

su ciclo de regeneración sexual, no llegando a producir flores ni frutos. A ello hay que añadir el daño producido por el escodado o frote de la cuerna en ramas y troncos por parte del ciervo, poniendo –por ejemplo– en riesgo la supervivencia de los últimos ejemplares monopódicos de cornicabra en el valle del río Las Navas. La reintroducción y reciente expansión de la cabra montés en la comarca plantea similar problemática, en este caso por su repercusión sobre las comunidades orófilas supramediterráneas que crecen sobre crestones cuarcíticos.





INCENDIOS FORESTALES

El fuego ha sido uno de los principales agentes de transformación del paisaje en los Montes de Toledo. Provocados, muchas veces, para aumentar la superficie de pastos, se propagaban por leguas enteras reduciendo a cenizas manchas de monte y abrasando a veces colmenas e incluso ganados, como así testimonian documentos históricos especialmente a partir del siglo XV. La huella de un incendio reciente puede apreciarse en este paraje de Navas de Estena. Una consecuencia indeseable del fuego es la eliminación de la cobertura necesaria para el desarrollo de especies tan escasas en la zona como el ser-



bal común (*Sorbus domestica*), cuyas hojas de otoño (junto a plumas de abubilla) pueden apreciarse en la imagen. La prevención de los incendios ha de basarse en un eficaz sistema de alerta rápida en un paisaje en el que las formaciones arbustivas mantienen un enorme interés ecológico.

LA GESTIÓN FORESTAL

Si bien quedan ya en el olvido los miles de hectáreas repobladas de coníferas y eucaliptos, especialmente durante los años 1950-1980, no es el momento de bajar la guardia en la gestión de las masas forestales de la comarca. El resalveo, las podas a cabeza de gato (trasmochos) o las fumigaciones incontroladas siguen siendo, en caso de mal uso o abuso, factores que conllevan la pérdida de arbolado o de su fauna asociada. En la imagen puede observarse el tronco trasmochado de un fresno perteneciente a un área marginal de una dehesa en Retuerta del Bullaque. Estas formaciones higrófilas son muy escasas en los Montes de Toledo y su conservación debe ser prioritaria.



ESPECIES EMBLEMÁTICAS EN EXPANSIÓN

El buitre negro (*Aegypius monachus*) ha pasado de las 82 parejas reproductoras conocidas en 1995 a las 204 en el año 2015, tan solo en el Parque Nacional de Cabañeros. Su laxa colonia está en pleno proceso de expansión, con núcleos satélites en sierras vecinas del entorno del espacio protegido. Algo parecido ha ocurrido con el águila imperial (*Aquila adalberti*), que ha pasado de las ocho parejas conocidas a principios de la década de los ochenta del pasado siglo a más de medio centenar, con una notable expansión en la denominada meseta granítica toledana, una zona, por razones históricas, indisolublemente asociada a los Montes de Toledo. La disminución de la mortalidad en ambas especies, fruto de la erradicación del uso del veneno y de la corrección de tendidos eléctricos principalmente, ha sido uno de los mayores logros en la gestión de las poblaciones de grandes rapaces en la comarca.



EL RETORNO DEL LINCE IBÉRICO

Extinguido desde la década de los ochenta del pasado siglo, los últimos años han sido testigo de la vuelta del lince ibérico a su antiguo bastión. Un exitoso programa de cría en cautividad culminó con las primeras sueltas en la

zona durante el año 2014. Ya en 2016 se pudo constatar la reproducción de una de las primeras hembras soltadas (Keres, criada en tierras extremeñas) y en la actualidad ya se reproducen las crías de esa primera generación. No obstante, la escasez de conejos en la mayor parte de los Montes se perfila como el gran condicionante para el asentamiento definitivo de hembras reproductoras en futuras poblaciones satélites. ¿Podrá el lince reconquistar sus antiguos dominios en los Montes de Toledo desde las zonas de suelta en el piedemonte de la sierra del Castañar? En la imagen puede verse un lince fotografiado en libertad.

UNA RAPAZ CONTRA LAS CUERDAS: EL CASO DEL ÁGUILA PERDICERA

Si bien nunca fue la especie de gran águila más abundante en la comarca de los Montes, es ahora cuando su situación puede considerarse crítica. El 19 de diciembre de 2016 se publicó el decreto 76/2016, de 13 de diciembre, por el que se aprueba el Plan de Recuperación



del águila perdicera en Castilla-La Mancha y se declaran zonas sensibles las áreas críticas para la supervivencia de esta especie. El principal objetivo del Plan es la reducción al menos en un 50 % de la incidencia de las causas de mortalidad no natural que afecta a una especie con una población reproductora en el interior de los Montes no superior a las tres parejas. ¿Seremos capaces de frenar la imparable regresión de esta especie, consolidando y, en su caso, mejorando la población actual?





LA GESTIÓN Y CONSERVACIÓN DE LAS AVES ESTEPARIAS

En ciertas rañas de los Montes de Toledo la actividad agrícola se llevó por delante cualquier atisbo de arbolado. Hoy pueden verse extensas áreas agrícolas, en ocasiones con enclaves de regadío aprovechando las aguas del embalse Torre de Abraham, en los términos municipales de Porzuna, El Robledo, Urda o Malagón. En alguno de los mismos es posible encontrar poblaciones residuales de avutardas o áreas de interés para sisones, alcavanes, ortegas o cernícalos primilla. La intensificación de la agricultura y el uso indiscriminado de herbicidas (que eliminan sus principales recursos tróficos) ha puesto en jaque a las poblaciones de muchas de estas especies. En el Parque Nacional de Cabañeros (foto pequeña) se ha instalado recientemente un primillar para facilitar el retorno de esta pequeña rapaz, otrora común en algunos pueblos de la zona, al valle del Bullaque.



EL DECLIVE DE LA CAZA MENOR

Si hasta mediados del siglo pasado los Montes de Toledo fueron una de las mayores reservas de caza menor (especialmente conejos y perdices), en la actualidad hemos asistido a un acentuado declive, cuando no a múltiples procesos de extinción local. Las poblaciones de conejo sufrieron un duro revés con la llegada de la NHV, que venía a completar lo que la mixomatosis había iniciado. Hoy en día tan solo la orla septentrional de la cordillera, la denominada meseta granítica toledana, alberga poblaciones adecuadas de este lagomorfo. En el interior de los Montes sigue habiendo miles de hectáreas con nula presencia de conejos. Todo ello dificulta enormemente la gestión de las poblaciones de muchas especies protegidas, muchas de las cuales necesitan unas densidades mínimas para poder llegar a reproducirse en la zona. ¿Será posible con las actuales repoblaciones de conejos volver a tener poblaciones viables que permitan –por ejemplo– el asentamiento de nuevas poblaciones de lince?



LA LENTA HONÍA DE LOS ANFIBIOS

La desaparición de fuentes y manantiales, algunos ya datados en textos medievales, ha transformado el paisaje de los Montes. Quedan en el recuerdo los muchos huertos asociados a los mismos, una buena parte de los cuales se hicieron inviables durante la extrema sequía que culminó en 1995. La pertinaz xerificación del paisaje desde entonces ha provocado extinciones a escala local de muchos anfibios (especialmente tritones, gallipatos,

sapillos pintojos y las más exigentes salamandras), habiendo mermado radicalmente las poblaciones de ofidios asociados a enclaves húmedos, cual es el caso de las antaño abundantes culebras de agua (*Natrix astreptophora* y *N. maura*). En la imagen, un ejemplar de esta última especie en el momento de devorar un gallipato.





LAS ESPECIES INTRODUCIDAS Y LA CONSERVACIÓN DE LOS ECOSISTEMAS FLUVIALES

Otro de los retos pasa por la conservación de las especies piscícolas autóctonas, hoy seriamente amenazadas por la introducción de especies foráneas. La reciente declaración de la Reserva Natural Fluvial de los ríos Estena, Estenilla y Estomiza protege estos representativos ríos de la baja montaña mediterránea silíceo. Hoy se trabaja intensamente en el primero de ellos, a su paso por el P. N. de Cabañeros, en la eliminación de especies alóctonas, como es el caso de la carpa (*Cyprinus carpio*), para favorecer las poblaciones del endémico jarabugo (*Anaecypris hispanica*) y de otras especies autóctonas. En las fotografías puede observarse el conocido Boquerón del Estena, uno de los enclaves más visitados del Parque Nacional de Cabañeros, así como una carpa muerta por la desecación de charcas marginales asociadas al embalse de Torre de Abraham.



EL ECOTURISMO: DINAMIZACIÓN PARA LOS NUEVOS TIEMPOS

Junto a las actividades tradicionales de aprovechamiento del medio han surgido con fuerza en el último cuarto de siglo un conjunto de actividades ligadas al ocio y el tiempo libre. Entre ellas destaca singularmente el ecoturismo, que posibilita el acercamiento respetuoso del ciudadano al medioambiente. Actualmente existen más de medio centenar de rutas, algunas dentro de los espacios protegidos de la comarca, para ser realizadas a pie o en bicicleta. Actividades como la micología, la observación de aves y la fotografía de la naturaleza son la novedosa apuesta de una sociedad cada vez más concienciada de la necesidad de preservar la singularidad de los ecosistemas mediterráneos. El turismo cultural añade otros atractivos a la zona, tales como un rico patrimonio monumental, tradiciones y festividades o la elaboración de artesanía. En las imágenes aparecen las sie-

rras y riberos del Estena, en el oeste del Parque Nacional de Cabañeros, una de las zonas más despobladas de la península Ibérica, junto a la torre Tolanca, una atalaya de origen musulmán en el pie de monte de la sierra del Castañar.



¿PUEDE EL LOBO VOLVER A LOS MONTES DE TOLEDO?

Erradicado definitivamente a mediados de las década de los 70 del pasado siglo (aunque con algunas capturas posteriores de incierto origen), el lobo es el único mamífero extinto en tiempos recientes (si hacemos excepción del oso, desaparecido a mediados del siglo XVII) sin poblaciones actualmente en los Montes. La expansión demográfica de la especie, que la ha llevado a alcanzar en Castilla-La Mancha las sierras del norte de Guadalajara, plantea la posibilidad de una llegada natural a la comarca. De ser así, ¿es compatible su presencia con las actuales explotaciones cinegéticas de la comarca? ¿Sería posible compatibilizar su presencia con los intereses generados por la caza mayor y una menguante carga ganadera? ¿Es posible siquiera evaluar su posible reintroducción para limitar el exceso de ungulados silvestres y los daños –especialmente significativos en el caso del jabalí– ocasionados en cultivos y otras especies?

